

Dossier

**La obra de Américo Castro
y la España de las tres culturas,
sesenta años después**

Coordinado por Martin Baumeister y Bernardo Teuber

◉ Presentación

En 1948 la publicación de *España en su historia* de Américo Castro por la editorial Losada en Buenos Aires dio origen a uno de los debates intelectuales más sonados y más peculiares de la España contemporánea. La obra monumental, la cual –a lo largo de los dos decenios restantes de su vida– el autor volvió a publicar en varias ediciones completamente renovadas y cambiadas, suscitó en seguida un gran interés por parte del público académico e intelectual más allá de los círculos especializados tanto en el exilio como en la España franquista. Las reacciones de los lectores, afirmativas y críticas, muchas veces pecaban de una emocionalidad insólita para el caso de un debate académico sobre un libro con una gran carga de erudición y escrito por un eminente experto en el campo de la literatura española del Siglo de Oro. Sólo ocho años más tarde, sin embargo, con la publicación de dos gruesos volúmenes, *España, un enigma histórico*, por Claudio Sánchez Albornoz, en 1956, en la misma editorial Losada, la disputa tomó proporciones dramáticas hasta el punto que hoy en día, a pesar del número elevado de los contrincantes, se suele considerarla una especie de duelo entre los dos ex colegas del Centro de Estudios Históricos de Madrid (Varela 1999: 259-321, Rehrmann 2002: 735-768). Incluso muchos años después de la muerte de los dos protagonistas, en 1972 y 1986 respectivamente, el debate sigue abierto, juzgando por el tono polémico de intervenciones bastante recientes en pro o en contra de la obra y las ideas de Castro (Fanjul 2000, Goytisolo 2003, Subirats 2003). La virulencia tanto de ataques y críticas como de las declaraciones a favor de las evaluaciones que Castro hizo a propósito del pasado de los españoles, indica la actualidad subyacente a estas discusiones.

Lo que llama la atención aparte de las pasiones que despierta el debate es su carácter obviamente paradójico. Hay quien piensa que se trata en gran parte de un simulacro de combate sin contenido bien definido (Rehrmann 2002: 738); otros, hasta algunos de los

* *Martin Baumeister es catedrático y profesor titular de Historia Moderna en el Seminario de Historia de la Universidad de Múnich. Desde 2008 dirige el centro "Cristianos, moros y judíos" de dicha Universidad. Sus principales líneas de investigación son: historia de la España moderna, historia de la Italia moderna, totalitarismos del siglo XX, urbanismo y migraciones, política y estética. Entre los libros escritos y editados por él se encuentran Kriegstheater: Großstadt, Front und Massenkultur 1914 bis 1918 (2005) y "If you tolerate this...": The Spanish Civil War in the Age of Total War (2008). Bernhard Teuber es catedrático y profesor titular de Filología Románica en el Departamento de Filología Románica de la Universidad de Múnich. Desde 2008 es socio del centro "Cristianos, moros y judíos" de dicha Universidad. Sus principales líneas de investigación son: análisis de discursos históricos, genealogías del sujeto occidental, diversidad religiosa y cultural en la Edad Media y el Renacimiento, literatura de los siglos XIX y XX. Entre los libros escritos y editados por él se encuentran: Sacrificium litterae (2003) y Zwischen dem Heiligen und dem Profanen (2008).*

defensores más enérgicos de Castro, lo consideran carente del menor interés intelectual (Subirats 2003a: 16). Javier Varela llega a un juicio nada más que polémico: “Castrismo contra albornocismo, una de las polémicas más intensas, más envenenadas, más castizas y, por decirlo de una vez, más absurdas del pensamiento español contemporáneo” (Varela 1999: 305). No tiene mucho sentido, sin embargo, descalificar tajantemente la disputa o, como suele hacerse también, reducirla esencialmente a un asunto personal entre dos académicos testarudos que no se podían aguantar mutuamente. Hasta hoy, no se ha intentado historizarla debidamente. Solamente mediante su contextualización es posible entender sus significados en su época y en los tiempos actuales.

Américo Castro, según uno de sus críticos “el gran agitador de la historia” (Asensio 1992), después de estudios en Granada y la Sorbona, había recibido su formación académica decisiva bajo la influencia del Instituto Libre de Enseñanza y como miembro del madrileño Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal antes de ganar en 1915, a sus treinta años, la cátedra de Filología Española, cuya denominación más tarde cambiaría por aquella de Historia de la Lengua, en la Universidad Central de la capital. Muy pronto se hizo un nombre no sólo como cervantista y especialista del siglo XVI, como profesor visitante y conferenciante incansable en prestigiosas universidades de Europa y las dos Américas, sino también, al mismo tiempo, como destacado intelectual liberal, aliadófilo durante la Gran Guerra y miembro de la Liga para la Educación Política, así como del Partido Reformista. Sus preocupaciones regeneracionistas se basaban en un profundo sentimiento de malestar ante lo que él y sus correligionarios veían como un deprimente atraso cultural de España respecto a las naciones europeas civilizadas y se dirigían sobre todo hacia el mundo universitario. Para él, la universidad era el símbolo del marasmo español, pero al mismo tiempo era el sitio donde se podía forjar un futuro mejor, más “europeo” para España. Con la proclamación de la República, la cual representó como embajador español en Berlín hasta mediados de 1932, le parecía llegada la hora a la pequeña elite intelectual republicana para realizar sus ideas de una modernización cultural del país. Después de pocos años sumamente agitados, Américo Castro, como otros intelectuales de la izquierda liberal, vio completamente defraudadas sus grandes esperanzas. Mientras que todavía había aplaudido la victoria electoral del Frente Popular de febrero de 1936 como triunfo moral de Azaña, quedó completamente perturbado por el golpe militar pocos meses después, cuando se dio por radio la noticia de su fusilamiento. A los 50 años Castro se encaminó al exilio, pasando por Latinoamérica y varias universidades norteamericanas para asumir en 1940 una cátedra en Princeton, donde enseñaría hasta su jubilación en 1955.

Por su rechazo a tomar parte activa en uno de los bandos de la Guerra Civil Castro pertenecía, como el casi coetáneo Salvador de Madariaga y su colega de la Central, Claudio Sánchez Albornoz, a la que se ha llamado “Tercera España” (Preston 1999). Muchos comentarios coinciden en señalar las experiencias de la guerra y del exilio, y el consiguiente ingreso de Castro en el mundo universitario norteamericano, como motivo de un cambio radical, como cesura decisiva de la trayectoria intelectual de Castro (Wade 1972/73: 92, Armistead 1997: 271, Varela 1999: 265). Trocó una postura optimista europeizante, que veía el futuro de España en el desarrollo cultural y político según un modelo occidental, por una visión pesimista de un *Sonderweg* (“camino particular”) que hacía imposible la convivencia de los españoles y conducía hacia la autodestrucción física en una guerra fratricida. Si antes del 36 los estudios académicos de Castro se

distinguían claramente de sus intervenciones políticas, publicadas en revistas culturales y en periódicos liberales como *El Sol*, después de 1936 se puede observar una politización más o menos encubierta de sus escritos académicos. El primer resultado importante, después de un decenio de gestación, fue *España en su historia*, al que siguieron numerosas obras en este sentido, con varias ediciones siempre retocadas, como *La realidad histórica de España* (1954/1962/1966), *Origen, ser y existir de los españoles* (1959/1960) o *De la edad conflictiva* (1961/1963/1972; véase también Araya 1969 y Garagorri 1984).

En los últimos tres decenios de su actividad como estudioso e intelectual de una productividad inagotable, el “problema de España”, la cuestión de la génesis de una identidad y vivencia nacionales problemáticas (Varela 1999, Álvarez Junco 2001, Juliá 2004) se convirtieron en la gran obsesión intelectual de Castro. Las aportaciones del “segundo Castro” se pueden entender ya no solamente en clave puramente académica, sino como disquisiciones sobre las raíces históricas del carácter actual de España y de los españoles así como de los orígenes lejanos de la catástrofe de la Guerra Civil. Se trataba, como subrayaba Castro poco antes de morir, de afrontar “la cuestión en verdad máxima”, es decir, “cómo y por qué se hizo tan dura y tan áspera la convivencia entre los españoles, cuál es el motivo de haberse hecho endémica entre nosotros la necesidad de arrojar del país, o de exterminar, a quienes disientan de lo creído y querido por los más poderosos” (cit. en Sicroff 1977: 118). Ni siquiera después de los años apocalípticos de la Segunda Guerra Mundial y desde la distancia del exilio se le ocurría a Castro, como igualmente sucedía a tantos otros intelectuales españoles de su época, contextualizar las luchas sangrientas en su tierra en el marco de una historia más amplia de violencia extrema, en una “era de los extremos”. Más bien, España, por culpa de la guerra, le parecía separada más que nunca de la historia de las naciones europeas civilizadas.

Para emprender la tarea difícil de descifrar los orígenes del fatal “camino particular” hispano, Castro se dedicaba al mester de la historiografía sin apartarse de la historia de la literatura, la cual consideraba, como explicaba en 1961, “la vía más directa para penetrar en una situación de vida colectiva, en la vivencia del propio existir como textura de vida y horizonte estimativo” (cit. en Rodríguez Puértolas 1966: 235). La búsqueda de los rasgos característicos de la identidad nacional española lo llevó a la historia medieval de la Península Ibérica, en la cual veía las raíces del “ser de España y de los españoles” actuales. A diferencia de algunos de sus precursores intelectuales, como José María Blanco White, que por su parte habían subrayado la importancia del pasado multicultural, multiétnico y plurirreligioso de la España anterior a la monarquía católica de 1492, Castro definía la convivencia conflictiva de las tres “castas” de cristianos, musulmanes y judíos en la Península como momento decisivo para la formación de la identidad colectiva de los españoles. Este esfuerzo explicativo, sin embargo, resulta ser muy ambiguo. Por una parte Castro subraya el papel central de la religión en las luchas internas de la nación: “[...] el hombre hispano es capaz de matar y matarse en defensa de ‘su’ religión, de aquel mundo suyo, en el cual reinan su voluntad, su sueño y su capricho [...] la Guerra Civil (1936-1939) ha sido la lucha entre la vieja religiosidad hispánica, petrificada por los siglos, y un ensayo de nueva religiosidad, de creación de otra órbita transcendente, vaga y nubosa, en la cual se combinara el ‘me da la gana’ español, con un proyecto utópico de felicidad universal” (Castro 1996: 102). Por otra parte los legados del pasado tricultural dan un valor universal a la civilización española.

Es ese legado de un supuesto mestizaje cultural el que provoca la ira de Sánchez Albornoz. Él niega la influencia profunda del islam y del judaísmo sobre la civilización hispana e insiste en la exclusión de musulmanes y judíos de una unidad nacional basada esencialmente en la herencia católica. Sánchez Albornoz ve en la Reconquista y la repoblación los procesos decisivos para la formación de la nación española. Castro, sin embargo, comparte con su compatriota exiliado no solamente su credo político republicano, sino también algunos presupuestos fundamentales acerca de la historia y del papel del historiador. Ambos pensadores conciben la identidad nacional como un producto histórico transformado en una categoría casi ontológica. Ambos atribuyen a la historiografía la tarea de poner de relieve y de fijar el carácter y la identidad de la nación. Esta forma de pensar conlleva el peligro de “una confusión inextricable entre el pasado y el presente”, de una “proyección hacia atrás de sus ideas y de su angustioso vivir”, como ha afirmado Javier Varela con respecto a Castro (Varela 1999: 284).

A pesar de estos límites, en el presente se nota un renovado interés por la ya histórica disputa entre Castro y Sánchez Albornoz. Castro dio impulsos importantes a los estudios hispánicos tanto en el campo filológico como en el histórico. Parece que la discusión, que él llevaba completamente dentro de unos parámetros nacionales ahora se esté continuando a un ámbito “universalizado”, utilizando el paradigma de las tres culturas para interpretar la historia no solamente de la Península Ibérica (de la cual Castro había excluido también a Portugal a partir del siglo XVII) sino del Medioevo europeo en su totalidad (Borgolte 2006). Además se reivindica el legado intelectual de Castro para una revisión de la memoria histórica en España ante los retos de los nacionalismos agresivos en la Península y de una nueva presencia masiva de inmigrantes “extracomunitarios”, muchos entre ellos musulmanes.

A continuación ofrecemos una serie de siete ensayos redactados con motivo de un coloquio internacional, patrocinado por el Instituto Cervantes y la Universidad de Múnich a finales de noviembre de 2008. Las contribuciones intentaban prolongar y actualizar el pensamiento de Castro sesenta años después de la mencionada publicación de su cabal estudio en 1948. Confrontaban el acercamiento de Castro, por una parte, con una nueva y más acertada visión de la cultura ibérica en la Edad Media así como en los albores de los tiempos modernos; pero también ubicaban, por otra parte, las bien conocidas tesis de Castro en el marco de los procesos religiosos, histórico-sociales e incluso literarios que pueden observarse dentro y fuera de la España contemporánea.

Es obvio que tal labor de investigación nunca se podría haber realizado sin las intuiciones fructíferas de Castro, que prácticamente permiten considerar la España medieval de las tres religiones y culturas como un nuevo paradigma que adquiere su vigencia en los recientes estudios culturales y que virtualmente no sólo es aplicable a la propia Península Ibérica sino también a sociedades modernas cuya más notable característica, en estos inicios del nuevo Milenio, parece ser la ineludible diversidad de religiones, etnias y culturas. Uno de los resultados del coloquio fue, sin embargo, el poner en duda la adecuación del célebre concepto de “convivencia”, tópico rechazado a menudo por la crítica porque –como señaló el propio Castro– la coexistencia de las distintas religiones en la Península no dejaba de ser conflictiva y, en los respectivos territorios, las tres “castas” nunca llegaban a gozar de las mismas prerrogativas y derechos, ni mucho menos.

En vez de ello, el coloquio enfocó las metáforas difíciles de la “casta” y de lo “castizo”, empleadas constantemente por Castro, no como términos “racistas” que indicarían

una descendencia meramente étnica sino más bien como expresiones altamente abiertas y que significan el entramado de rasgos étnicos, pertenencias religiosas e impactos culturales en un mismo sujeto colectivo. En este sentido habitual, ya las “castas” de la España medieval corresponderían no a una esencia preexistente sino más bien a una construcción culturalista o, dicho de otra manera, a una forma específica de aquellas “comunidades imaginarias” de las que se ha hablado tanto en los últimos años (Anderson 1991).

Con todo ello, algunos artículos notan sin embargo cierta ambivalencia en la valoración y el juicio que Castro pronuncia sobre las tres “castas”. Mientras el historiador parte del hecho innegable de que el cristianismo ha llevado, en el conflicto secular, la victoria sobre las otras dos religiones arraigadas en la Península y mientras reconoce sin reticencias las enriquecedoras aportaciones del islam, su visión de la cultura judía resulta ser menos favorable y a veces se hace eco de los resentimientos del antijudaísmo que se manifiesta en muchos países de tradición cristiana, incluso España. Entonces, el orden de aparición de las tres “castas” en el subtítulo de su estudio sobre *España en su historia* y que reza *Cristianos, moros y judíos*, traduce posiblemente una jerarquía implícita en la cual los cristianos están en lo alto, los musulmanes, en el medio y los judíos, en lo bajo de la escala de la valoración social y cultural que les habría otorgado el autor del libro.

Al margen de esto, también puede sorprender otro fenómeno. Castro no parece haber reflexionado seriamente sobre una muy significativa coincidencia histórica. Justamente en 1492, al terminar la Edad Media en la Península con la famosa toma de Granada y el inesperado “Descubrimiento” del Nuevo Mundo, una cuarta “casta” entra en el panorama de la “realidad histórica” de España, a saber, la colectividad de los pueblos indígenas de América. Como es bien sabido, esta cuarta “casta” de los americanos ha quedado condenada al silencio durante un período muy largo y, paradójicamente, Castro también parece subestimarla o silenciarla completamente, pese a haber finalmente restituido su memoria y su voz a las otras dos “castas” de las que la historiografía oficial se había olvidado.

En una nota preliminar, Hans-Ulrich Gumbrecht compara las ideas de Castro con otros discursos sobre la identidad española y destaca, además, la importancia del contexto americano y, en particular, estadounidense para la elaboración de sus teorías. Amador Vega se dedica a un estudio de la realidad medieval y presenta el caso ejemplar de Raimundo Lulio (Ramon Llull), filósofo y teólogo del siglo XIII, quien para entrar en un “diálogo interreligioso” entre cristianos y musulmanes y desarrollar su doctrina escolástica de la salvación por Jesucristo tiene que recurrir, sin embargo, al raciocinio del *Ars combinatoria*, sistema que se funda en la lumbrera natural del conocimiento humano y que comparten todas las tres religiones. Lamentablemente no ha sido posible incluir en este dossier la conferencia leída en el coloquio por Nikolas Jaspert, catedrático de Historia Tardío-Medieval en la Universidad de Bochum. En su contribución, el investigador exponía la situación de las minorías judías en los reinos ibéricos hacia finales de la Edad Media. Enfocando el asunto desde una perspectiva mediterránea, el estatuto jurídico y social de los judíos de la Península Ibérica no era tan singular como suponía Castro o como sus seguidores lo habían pensado hasta la fecha. Al contrario, existían casos comparables en los Reinos de los Cruzados y también en los Balcanes, donde de ordinario las distintas capas de la población pertenecían a religiones, etnias y culturas diversas y configuraban estructuras sociales tajantemente idiosincrásicas (comp. Jaspert 2007 y 2010).

Vincent Barletta se dedica a los inicios de los tiempos modernos y critica a su vez el poco caso que Castro le hizo a la literatura aljamiada. Para refutar la opinión demasiado simplista de éste, el autor nos ofrece una lectura interesante del *Rekontamiento del rey Ali?andre*, traducción de una leyenda de Alejandro Magno en árabe y que mezcla elementos del texto de Seudo-Calístenes con el Corán y otras tradiciones orales. La versión que hoy poseemos se conserva en un manuscrito copiado en el siglo XVI, es decir, ya bien terminada la expulsión del emir nasrí de Granada. A continuación, Mariano Delgado abarca la Edad Moderna para trazar el perfil de la situación religiosa actual en la Península tras la Transición. Aunque el catolicismo siga siendo la confesión mayoritaria de la población, el artículo 16 de la Constitución de 1978 reconoce, por primera vez, el carácter “aconfesional” del Estado español. Hoy en día, los enfrentamientos más violentos en materia religiosa ya no surgen entre las distintas religiones o confesiones sino más bien entre un tradicional sector católico y un opuesto sector decididamente secular, el cual preconiza que el Estado español adopte un sistema de laicidad según el modelo francés. Pero por el momento ni la Iglesia católica ni las capas sociales que la representan o que simpatizan con ella parecen estar dispuestas a aceptar tales soluciones. Será por lo tanto un conflicto a largo plazo.

Los tres últimos artículos del volumen fueron redactados por otros tantos doctorandos—dos historiadoras y un filólogo— que incorporan un núcleo de investigación patrocinado por la Universidad de Múnich y dedicado a un tema estrechamente vinculado con el planteamiento del coloquio: *Cristianos, moros y judíos: la cultura de la memoria y la política de la identidad en el marco de la Modernidad Ibérica*. Britta Voss analiza la imagen que Castro pinta de los moros y Anna Menny se interesa por su visión de los judíos. Como ya quedó dicho más arriba, el concepto que Castro se forma de la cultura musulmana es básicamente positivo y ha sido aceptado en gran parte por la crítica, aunque puede ocurrir que peque por el uso de estereotipos. Lo mismo vale decir del retrato que se traza de los judíos. Castro sí reconoce que los judíos formaban parte integral de la España medieval y por ello se distinguían de las comunidades judías de otros países, pero al mismo tiempo reproduce o inventa mitos que proceden probablemente de la tradición antijudaica. Si la “limpieza de sangre” fuese esencialmente una invención judía retomada más tarde por los cristianos, como afirma Castro, entonces los judíos mismos tendrían la culpa de haber sido expulsados de España, erróneo silogismo que como prueba la autora con gran perspicacia conduce necesariamente a un absurdo. Para concluir, el ensayo de Fabián Sevilla describe el destino del pensamiento de Castro más allá del Atlántico. Indudablemente, el escritor mexicano Carlos Fuentes está influenciado por las ideas de Castro, pero al introducir, en su cuento titulado “Las dos orillas”, al histórico personaje del conquistador y traductor Jerónimo de Aguilar como narrador, Fuentes no sólo hace resonar sino que radicaliza con audacia las tesis de Castro para aplicarlas al encuentro de España con las Indias y escenificar una hibridación de culturas que va mucho más allá de lo que había imaginado Castro.

Los mencionados artículos de Gumbrecht, Vega, Barletta y Delgado así como las originales contribuciones de los tres jóvenes investigadores demuestran que aún vale la pena pisar las huellas que dejó don Américo. No obstante las justificadas críticas que han podido formularse en contra de su obra, el pensamiento que Castro inauguró en su tiempo permite percibir mejor la diversidad cultural que también se da a inicios del tercer milenio y vislumbrar nuevos horizontes que quedan por descubrir en el futuro.

Bibliografía

- Álvarez Junco, José (2001): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- Anderson, Benedict (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Araya, Guillermo (1969): *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro*. Madrid: Taurus.
- Armistead, Samuel G. (1997): “Américo Castro in the United States (1937-1969)”. En: *Hispania*, 80, 2, pp. 271-274.
- Asensio, Eugenio (1992): *La España imaginada de Américo Castro*. Ed. corr. y aumentada. Barcelona: Crítica.
- Borgolte, Michael (2006): *Christen, Juden, Musulmanen. Die Erben der Antike und der Aufstieg des Abendlandes 300 bis 1400 n.Chr.* München: Siedler-Verlag.
- Castro, Américo (1948): *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Losada. [Reedición de esta primera versión en Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996.]
- (1954): *La realidad histórica de España*. México: Porrúa. [Se trata de una edición renovada y ampliamente aumentada de *España en su historia*. Dos otras ediciones renovadas y ampliadas de *La realidad histórica de España* se publicaron en 1962 y 1966.]
- (1959): *Origen, ser y existir de los españoles*. Madrid: Taurus. [Edición renovada en 1960.]
- (1961): *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus. [Ediciones renovadas en 1963 y 1972.]
- Fanjul, Serafín (2000): *Al-Andalús contra España. La forja de un mito*. Madrid: Siglo XXI.
- Garagorri, Paulino (1984): *Introducción a Américo Castro. El estilo vital hispánico*. Madrid: Alianza.
- Goytisolo, Juan (2003): “Américo Castro en la España actual”. En: Subirats, Eduardo (coord.): *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islam en España)*. Madrid: Ediciones Libertarias, pp. 23-37.
- Jaspert, Nikolas (2010): “Reconquista. Interdependenzen und Tragfähigkeit eines wertekategorialen Deutungsmusters”. En: Fidora, Alexander/Tischler, Matthias (eds.): *Christlicher Norden, muslimischer Süden. Die Iberische Halbinsel im Kontext kultureller, religiöser und politischer Veränderungen zwischen dem 11. und 15. Jahrhundert* (Erudiri sapientia. Studien zum Mittelalter und zu seiner Rezeptionsgeschichte, 7). Berlin: Akademie-Verlag.
- Jaspert, Nikolas, Borchart, Karl/Nicholson, Helen J. (eds.) (2007): *The Hospitallers, the Mediterranean and Europe*. Aldershot: Ashgate.
- Juliá, Santos (2004): *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.
- Preston, Paul (1999): *Las tres Españas del 36*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Rodríguez Puértolas, Julio: “En los ochenta años de Américo Castro”. En: *Revista Hispánica Moderna*, 32, 3/4, 1966, pp.231-236.
- Rehrmann, Norbert (2002): *Das schwierige Erbe von Sefarad: Juden und Mauren in der spanischen Literatur. Von der Romantik bis zur Mitte des 20. Jahrhunderts*. Frankfurt/M: Vervuert.
- Sánchez Albornoz, Claudio (1956): *España, un enigma histórico*. Buenos Aires: Losada.
- Sicroff, Albert A. (1977): “En torno a las ideas de Américo Castro”. En: Chevalier, Maxime et al. (coords.): *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*. Bordeaux: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Vol. 1, pp. 105-119.
- Subirats, Eduardo (2003a): “Nota preliminar”. En: Subirats, Eduardo (coord.): *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islam en España)*. Madrid: Ediciones Libertarias, pp. 11-21.
- (2003b): “La Península multicultural”. En: Subirats, Eduardo (coord.): *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islam en España)*. Madrid: Ediciones Libertarias, pp. 39-49.
- Varela, Javier (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus.
- Wade, Ira et al. (1972/1973): “In memoriam Américo Castro (1885-1972)”. En: *Revista Hispánica Moderna*, 37, 1/2, pp. 91-93.